

# EL DESEO: FUERZA DINÁMICA EN EL DESARROLLO DEL NIÑO

Juan Leonel Giraldo Salazar\*

## Resumen

Este texto, en esencia, subraya seis ideas a saber:

1. *Necesidad y deseo son dos conceptos diferentes. La necesidad es concebible como un concepto lógico porque una vez que se presenta exige una respuesta, la cual ha de consistir en encontrar un objeto que le corresponda. El deseo definido como una construcción en la historia del sujeto, que determina su transitar y peculiariza su destino.*
2. *El deseo es la fuerza que enrumba el devenir del ser humano, a través de una indetenible y permanente búsqueda por el reencuentro de un algo que, si bien no se halla, sí se metaforiza en las realizaciones que hacen significativa la vida.*
3. *El deseo nunca encontrará una satisfacción plena y última que colme por completo al sujeto porque está articulado a la cadena hablada y esta articulación lo convierte en demanda, toda vez que en ella se sumerge y se alienta, lo que quiere decir que lo capturado por la palabra no es propiamente el deseo como tal sino su representación, pues la palabra no puede agotar lo real.*
4. *El deseo estructura los elementos y realizaciones de la experiencia particular y define las formas de relación subjetiva con la realidad.*
5. *La educación genera dos posibilidades radicalmente opuestas frente al alumno como sujeto de deseo: o estimula su formación en la autonomía*

---

\* Profesor Facultad de Educación. Universidad de Antioquia. Magister en Orientación y Consejería. Universidad de Antioquia.

*partir del reconocimiento de su palabra como enunciación de sujeto deseante o inhibe su palabra, conduciéndolo a un mayor disfrazamiento del deseo en la demanda y al anulamiento del alumno mismo como sujeto de pensamiento y de creación.*

- 6. Cuando el adulto bajo la pretensión de no frustrar al niño, le satisface supuestamente todas las demandas, corre el peligro de generar jóvenes caprichosos que se sienten, imaginariamente, con derecho a todo, demandando insaciablemente y con un pauperizado desarrollo del lenguaje, dado que los niveles de representación y verbalización han sido impedidos o detenidos por le apremio colmador del adulto.*

### ***Palabras clave***

*Educación sexual*

*Deseo*

*Desarrollo del niño*

### ***Summary***

*This text essentially highlights six ideas about desire:*

- 1. Need and desire are two different concepts. Need can be conceived as a logical concept for once it appears this demands a response which may consist of finding an object that meets the expectations. Desire, on the contrary, can be conceived as a making in the subject's evolution which determines his/her behaviour and makes particular his/her destiny.*
- 2. Desire is the power which helps for the future of the human beings by means of an incessant and permanent search for the finding of something, which if not found, can be metaphorically represented in the achievements that make life really meaningful.*
- 3. A desire will never find its lasting and complete satisfaction which completely fills the subject's expectations. This happens because desire is tied for speech and its utterances that make desire be a speech request in which desire becomes immersed in and is encouraged. In other words, what is inherent to words is not strictly the desire as such but its representation due to fact that words cannot deplete reality.*

4. *Desire defines the structure both of elements and achievements of the particular experience and it defines the forms of subjective relationships with reality.*
5. *Education produces two radically opposed possibilities before students as subjects of desire. Education either stimulates the training for his autonomy from his recognition of words as utterances of a desirous individual or it inhibits his speech leading him/her to a higher dissimulation of desire at the moment of a request and the negation of the student himself/herself as a subject of thoughts and creation.*
6. *When an adult tries not to frustrate a child satisfying almost all his/her likes, he/she runs the risk of bringing up a whimsical young who feels, imaginably, with the right of having all, asking insatiably for things and with an unpoverished development of his/her language. This phenomenon appears because the representation levels and verbal communication have been impeded or stopped by the adult's expedition of fulfilling the child's ambitions. Based on the idea, repeatedly transmitted in school and social life which proposes, in general, the exaltation and relevance of frustrations in child's development, some theoretical elements are stated. Essentially, these elements refer to the need and desire concepts which try to clarify the meaningful place of desire in human beings and the incidences that its manifestations have in the psychic structure and functioning process as well as its link to the knowledge as an incentive and hidden motor of desire itself virtually inextinguishable.*

### ***Key words***

*Sex education*

*Desire*

*Child development*

Partiendo de la idea reiteradamente transmitida en los espacios escolares y sociales la cual propone, en términos generales, la exaltación e importancia de las frustraciones en la formación del niño, se plantean algunos elementos teóricos referidos, en esencia, a los conceptos necesidad y deseo, con el propósito de clarificar el lugar significativo del deseo en los seres humanos y las incidencias que sus manifestaciones comportan en el proceso de estructuración y funcionamiento psíquico, al igual que su vinculación con el saber, como acicate y como motor secreto del mismo, virtualmente inextinguible.

En primera instancia se hace referencia a la necesidad como un concepto lógico que al ser enunciado alude a algo concreto, es decir, conduce directamente a la representación de un objeto apropiado que ha de responder a lo requerido. En este sentido, la necesidad es entendida como aquello que no puede no darse, por ser una expresión directa de la vida, por lo cual su satisfacción se torna imprescindible, como por ejemplo la respiración y las funciones fisiológicas.

El objeto que está en relación directa con la necesidad, una vez obtenido, obtura la fluencia demandante, dado que ha sido una respuesta a una solicitud directa y fundamental; además, no puede implicar revestimiento que condicione su satisfacción, dado el imperativo con que ésta se requiere; situación que permite destacar que las necesidades humanas son realmente pocas y que en el fondo de todo, lo que prima en el accionar del hombre en su procura y compromiso de ir hacia adelante es el deseo inconsciente, concebido éste como la fuerza que motiva permanentemente a la acción y a la búsqueda de satisfacción.

Esta satisfacción siempre es encontrada a medias porque nunca se logra en su plenitud, dado que jamás hay un momento de agotamiento, de llenura completa, básicamente, porque el deseo siempre es deseo de otra cosa, pues éste al ser puesto en palabras se ha convertido en demanda, ya no es deseo puro, se ha alienado en el lenguaje, ha accedido a ser significado, lo cual quiere decir que se ha articulado a la cadena hablada pero no totalmente -porque la realidad nombrada no captura de manera completa lo real-; de ahí que el deseo en su pleno sentido sea inenunciable y no pueda ser formulado totalmente en la demanda toda vez que el hombre está sometido al lenguaje y este sometimiento hace que si bien se aborden los objetos reales como tales, no los sustituye así, lo que el lenguaje logra enunciar son representaciones del objeto inconscientemente deseado.

La demanda surge porque las primeras experiencias de satisfacción han debido ser atravesadas por el lenguaje y al realizarse esta mediación queda un residuo que corresponde al deseo; por ejemplo, en la primera experiencia vital del niño la acción de succionar satisface la necesidad biológica de alimento.

Este objeto que lo gratifica es representado o fantaseado y lo va a acompañar indefinidamente en su transitar por el mundo con una inclinación permanente hacia su reencuentro, lo cual significa que esa primera satisfacción biológica ha sido objeto de una representación que propicia fuerza al deseo, ya que éste ha surgido como efecto de esa alucinación del primer objeto real que lo gratificó pero cuya posesión está

absolutamente prohibida -interdicción ésta que se impone a los humanos para la construcción de la cultura-.

«El deseo es lo que mueve incesantemente al sujeto, movimiento éste que no tiene otra causa que no sea la espera del retorno de lo que continúa faltando indefinidamente el objeto original, el objeto perdido, insistente, a través de los avatares de la estructura simbólica (la metáfora y la metonimia) que los deslizan, que los desplazan, en un encadenamiento signifiante, pudiéndose decir sobre el deseo que es el desplazamiento (metonimia) sin fin por la estructura del lenguaje que va constituyendo en su movimiento, la verdad del sujeto.»<sup>1</sup>

Ese movimiento incesante revela los múltiples caminos que emprende el deseo hacia el encuentro de una completa satisfacción, pero que dada su inabarcabilidad en la palabra -sólo se insinúa mediante múltiples formas sustitutivas articuladas en la demanda- se torna imposible tal logro porque si nunca se nombra, nunca se satisface. Lacan lo expresa claramente cuando dice: «El objeto que se alucina no es el objeto que sacia»<sup>2</sup>

«El deseo es pues lo que orienta y estructura para cada uno, los elementos de su experiencia y los propios tiempos de su historia, es lo que fija; por así decirlo, los modos particulares de encuentro de cada uno con el orden del mundo, es lo que mueve al sujeto, lo que empuja a una búsqueda continua de aquello que queda siempre faltando, es la causa de la repetición».<sup>1</sup>

El deseo es entonces para el ser humano el testimonio permanente de una pérdida en la infancia, tan esencial y significativa, que prácticamente toda la evolución ulterior se efectúa bajo los rasgos de esa carencia.

«El deseo siempre quiere lo imposible, teniendo su futuro en el pasado y se desliza por los espejismos ilusorios que el yo le propone para negar las huellas de la carencia constituyente»<sup>3</sup>

Articulando estos planteamientos a la función educadora de los adultos y al ambiente escolar en general, es posible inferir que a mayor inhibición del niño en la interacción con el adulto, en lo que respecta a la

manifestación de sus inquietudes, preguntas, angustias, etc; más lejana se encuentra la posibilidad de recrear y simbolizar su propio mundo, lo cual significa que a mayor represión, mayor imposibilidad de capturar en la palabra lo deseado y en consecuencia primará la acción imaginaria, conllevando a un mayor disfrazamiento del deseo en los revestimientos de la demanda, como ocurre con los niños que dirigen sus primeras averiguaciones sobre los objetos libidinales o sobre algunos hechos significativos en su desarrollo y crecimiento, tal como saber sobre la procedencia de los bebés o la diferenciación sexual, pero que por algún motivo le son reprimidas sus inquietudes, generándose así otra serie de interrogantes con apariencia banal y sin interés alguno aparente. Esto significa que ha tenido que disfrazar su deseo, formulándolo como demanda tras demanda, característica del niño que pregunta indefinidamente sin interés manifiesto por la respuesta o sin compromiso vivencial con sus propias preguntas.

Al situar estos conceptos en el ámbito escolar y reflexionando sobre las posibilidades que desde un punto de vista práctico se pueden implementar en el desarrollo de esa fuerza derivada de la primera satisfacción y del primer encuentro con el objeto de amor que llega a ser prototípico de todos los objetos de amor y que lleva al sujeto a la permanente búsqueda de completud; es posible concebir la relación maestro-alumno, en el campo educativo, bajo dos características las cuales conducen opuestamente, la una al reconocimiento como sujeto deseante y la otra a la represión y bloqueo de la demanda en su manifestación directa. A continuación se señalan algunas peculiaridades de estas dos formas de encuentro escolar:

La primera, un tipo de relación en la que el deseo del niño es el motor que impulsa su desarrollo como estudiante, mediante su vinculación al proceso de reafirmación como sujeto, en pro de la adquisición de la autonomía mediante el respeto y el reconocimiento de sus deseos, expresados fundamentalmente por la libre verbalización. Esta licencia para manifestar los deseos, imprime un especial significado de reconocimiento al mundo del niño, lo cual lo hace cada vez más autónomo, en cuanto se hace responsable de sus sentimientos sin que esto implique esencialmente que toda demanda tenga que ser satisfecha, pues la sola posibilidad de verbalización ofrece una experiencia enormemente satisfactoria.

En esta dirección se propende por una posición accesible por parte del maestro en su quehacer educativo, dado que como lo propone Spinoza: «El deseo es la esencia del hombre»<sup>4</sup> y tratándose del deseo como una fuerza inconsciente, que no es posible ubicar con referentes objetales directos como sí ocurre con la necesidad, entonces es lógico pensar que lo esencial en la relación con el alumno es el posibilitarle la expresión

de la demanda y a partir de la palabra, como eje revelador de sujeto, el niño vaya reconociendo y tomando conciencia de significados, de experiencias y de situaciones próximos a sus diferentes demandas y a su estilo personal de relacionarse con ellas.

La segunda, una relación en la que la manifestación del deseo, a través de la demanda del alumno, no es tenida en cuenta en la práctica educativa. Las demandas terminan siendo fuerzas anuladas por el maestro quien se limita a ser el trasmisor de contenidos predeterminados. Una transmisión de conocimientos que se ubica en una fase anterior a la experiencia y que parecen completamente ajenos al devenir de los sujetos porque se les niega su componente principal, cual es el deseo como fuerza que impulsa por siempre a la pregunta, a la búsqueda y a una manera de relacionarse con su propio ser, toda vez que el deseo define las maneras de relación con la vida. Al respecto Françoise Dolto propone:

«Al niño no sólo hay que verlo como un ser de necesidades sino como un ser de deseos, que dinamizan su existir y lo ponen constantemente con la presencia de una eventual satisfacción colmante».<sup>5</sup>

Al desear, el niño busca gratificaciones supuestas y aparentes de manera impostergable, lo cual lo pone en conflicto con el adulto. Ahí está el papel del educador: reconocer el deseo como una fuerza dinámica que el mismo sujeto puede canalizar y ampliar con nuevas representaciones y que han de enriquecer su propio mundo; porque si toda demanda es satisfecha en lo inmediato, la consecuencia será el bloqueo de la producción en el niño y con ello le resultaría innecesario hablar porque ha sido saciado. Esto remite a pensar que el abastecer de estímulos puede limitar el lenguaje de los niños, con nocivos efectos colaterales como el desenvolvimiento en un mundo de prepotencia y de caprichos; con el consiguiente sentimiento de tener derecho a todo porque siempre ha estado «lleno», abastecido y libre de carencias; viviendo en un mundo imaginario donde tiene la sensación de que toda idea ha de ser una realización y toda demanda tendrá que ser satisfecha en lo inmediato.

En este aspecto es preciso subrayar la frase de Lacan «el objeto que se alucina no es el objeto que sacia», por ello mientras más le son satisfechas las demandas a un niño, más demanda, y en consecuencia, más respuestas y gratificaciones exige. Además, el adulto que se anticipa a la formulación de la demanda por parte del niño, que intenta colmarlo sin que él la manifieste, puede estar buscando su propia satisfacción; su actitud conduce más bien a silenciar a ésta, dado que no se le incentiva a la renuncia o al contacto con su demanda; con el propósito de solucionar

de manera rápida una situación embarazosa o de anticiparse a posibles conflictos con el niño; así desde este tipo de actitudes, se limitan las posibilidades del desarrollo de la curiosidad con respuestas fijas o formas rígidas de relación, que tienen que ver más con la satisfacción del adulto, efectuándose proyecciones que niegan la apertura y respeto frente al mundo del niño. Tal es el caso del adulto glotón que ofrece constantemente dulces al niño o el adulto, que de manera ansiosa, está continuamente anticipándose a posibles enfermedades, mediante formas múltiples de prevención a las mismas, o aquel que desde una posición culposa, lo abastece de juguetes y objetos materiales.

De otra parte, el niño satisfecho en forma inmediata en su demanda, ya no necesita hablar ni expresarse de manera alguna porque aparentemente ha quedado «pleno»; situación ésta que le brinda tranquilidad al adulto, quien ha logrado detener el pedido del niño ofreciéndole el objeto alucinado, pero pronto otras demandas surgirán buscando abrirse nuevos caminos de intercambio, los cuales si son igualmente satisfechos, no hacen más que eternizar ese ciclo imparable de: demanda-satisfacción-demanda...insaciabilidad; produciendo, en definitiva, jóvenes demandantes, sin capacidad de postergación y con el sentimiento de tener derecho a todo.

Lo anterior, lo lleva a reducir la vida a una permanente obtención de objetos que son fantaseados en un momento como «colmantes», generando la nefasta pretensión de poder satisfacer en forma mágica sus deseos, lo que va acompañado de sensaciones de grandeza y prepotencia, en contra del posible reconocimiento como sujeto carente, como sujeto en falta. Situación ésta no muy lejana del tipo de jóvenes que sin advertir los límites de la ley, sienten imaginariamente que todo lo pueden y que por tanto sus impulsos han de ser inmediatamente satisfechos sin que a ellos les pase nada.

En este sentido, es fundamental tener en cuenta que el niño no pide siempre porque tenga necesidad; pide por otra cosa: para que le hablen, para que le reconozcan, para abrirse caminos de diálogo, para sentirse en relación con el adulto, en términos concretos, para ser reconocido.

La apertura y disponibilidad del adulto frente al mundo del niño ha de conducir a este último a su reconocimiento como «sujeto en falta», lo cual se logra con el respeto por la expresión de sus demandas, formuladas fundamentalmente mediante la palabra; con resultados sumamente valiosos para la inserción y participación en lo social, así como la reducción del mundo imaginario en el que inicialmente se encuentra el niño, es decir, se trata de que la apertura del adulto sea, básicamente, de hablar con el niño, de enriquecerle y engrandecerle el mundo con la palabra



para que desde allí se reconozca e interiorice la realidad, diferenciando claramente el mundo de las posibilidades entre la demanda y los límites que tal realidad propone.

En esencia, se busca que a partir del reconocimiento como sujetos deseantes, se exalte la función de la palabra en el encuentro para permitir que el niño comprenda que algunas demandas podrán ser satisfechas y otras postergadas, según lo sugieran las circunstancias que determinen la realidad.

Colmar de estímulos al niño puede ser efecto del prejuicio social que propone satisfacerle siempre para que no se frustre. Es cierto que al niño hay que creerle y satisfacerle, en tanto se le respete su expresión, pero siempre propiciando su ubicación en la realidad, de tal forma que acceda a una clara diferenciación entre lo imaginario y la realidad. Al respecto Françoise Dolto subraya la importancia de orientar al niño para que acceda a esta diferenciación:

«Este dibujo no hay que tocarlo porque va a hacer estallar la casa» dijo el niño al terapeuta. «Lo voy a poner aquí y tú no lo vas a tocar». Después el niño se fue. En la siguiente sesión pregunta: «¿guardaste mi dibujo?». El terapeuta: «busca y verás». El niño: «pero no lo encuentro, sin embargo yo había dicho que no quería que se tocara». El terapeuta: «ah sí, tú habías dicho que no querías que se tocara. Tenías el derecho a decirlo, pero las cosas no dependen de lo que tú digas y de tu imaginación».<sup>5</sup>

Las demandas del niño y las consiguientes respuestas o interpretaciones por parte del educador, presuponen una amplia formación del maestro con relación a la vida subjetiva y una disposición al respeto por el otro; condición que convalida la idea que concibe a la educación como una relación afectiva, en la cual el acento está puesto en el niño, en su actividad, en la movilización de su deseo y no necesaria o prioritariamente en las enseñanzas instructivas o academicistas. Esto porque el deseo tiene que ver profunda y decididamente con la subjetividad, dado que el alumno concebido como ser deseante, es un ser escindido por el lenguaje, aspecto que lo caracteriza como sujeto imposibilitado para tener un saber pleno de sí, lo cual a la vez se vincula con el deseo de ser en el saber, característica misma que fundamenta la relación subjetiva del deseo con una inagotable y perenne búsqueda.

La consideración sobre el deseo ha de permitir la superación de la visión colectivista que comúnmente se tiene sobre los educandos, para enrique-

cer la individualización del alumno, aspecto que subraya la percepción de cada estudiante como un ser particular, por el deseo y por los efectos que el lenguaje le ha imprimido a su devenir como ser histórico; lo que bien significa que el orden simbólico define la relación del sujeto con el saber -en cuanto allí esta su deseo- como algo constitutivo de lo humano.

Para concluir, una frase de Lao-Tsé referida al surgimiento inagotable de demandas y a la infelicidad a la que conducen cuando no se accede a su reconocimiento, a su representación o posibles derivaciones en otros significantes, dentro de las posibilidades de asumirse como sujeto deseante: «No hay mayor desgracia que ser insaciable»<sup>6</sup>; entendiéndolo como la imposibilidad de sublimación por parte del sujeto, es decir, como una obstrucción de los espacios y formas posibles de manifestación del deseo, sin que la alucinación del objeto se convierta en forma exclusiva de goce, como en el caso de manifestaciones rígidamente neuróticas, caracterizadas por una compulsión repetitiva y que le confiere el carácter de síntoma.

## Referencias bibliográficas

1. QUINTERO, Marina. Guía Didáctica. Psicología Evolutiva. Facultad de Educación, Centro de Educación a Distancia. Universidad de Antioquia. 1990.
2. LACAN, Jacques. Escritos. Tomo I. México: Ed. Siglo XXI, 1976.
3. HORNESTEN, Luis. Citado por Diego Luis Cordón. 1974. Documento inédito.
4. SPINOZA, Baruch. Ética. Buenos Aires, Ed. Aguilar, 1957.
5. DOLTO, Françoise. Seminario de psicoanálisis de niños. México: Ed. Siglo XXI, 1984.
6. DOLTO, Françoise. ¿Tiene el niño derecho a saberlo todo? Buenos Aires: Ed. Paidós, 1989.
7. TSE, Lao. Tao te ching. Madrid: Ed. Orbis S.A. 1977.